

¿Militarismo en Cuba o algo más?

Por

Jorge A. Sanguinety

El nombramiento de militares cubanos a puestos tradicionalmente civiles frecuentemente se interpreta como un proceso de militarización de la economía o de la sociedad en Cuba. Hoy se repite la interpretación a la luz de los cambios de personal que se acaban de anunciar por el gobierno cubano. Yo opino que el simple nombramiento de militares o ex militares no militariza nada a menos que el régimen administrativo realmente cambie su modus operandi a una forma verdaderamente militar de administración.

El hecho es que las fuerzas armadas se han convertido en la principal fuente de personal ejecutivo del país. Esto se ha evidenciado cada vez que se necesita algún ejecutivo en cuya eficiencia gerencial se pueda confiar medianamente. En tales casos, los Castro con frecuencia acuden a los militares, especialmente de alto rango, porque son prácticamente los únicos cubanos que se han formado como gerentes en sus mandos de tropas y bajo los requisitos organizativos de la logística. La rigidez de la empresa estatal en Cuba sumada a la falta de un programa educativo que valore la eficiencia administrativa por encima de la ideología, y reforzada por una práctica empresarial donde lo político siempre predomina sobre lo económico contribuye a una sociedad que no genera ejecutivos eficientes.

Poco después del asalto revolucionario de 1959, cuando comenzaron las intervenciones y expropiaciones de las empresas cubanas seguidas por el éxodo masivo del capital humano gerencial del país, la administración castrista se dedicó a colocar al frente de las empresas a personal cuya calificación principal era la lealtad al régimen. La eficiencia en el manejo de las empresas no era importante para Fidel Castro cuya agenda no tenía nada que ver con el desarrollo económico del país. Las dos responsabilidades principales de los nuevos gerentes eran, primero, mantener sus empresas operando para evitar la desocupación masiva de sus trabajadores y, segundo, evitar actos contrarrevolucionarios como el sabotaje o la organización de los trabajadores o sindicatos con fines políticos.

Desde las nacionalizaciones, prácticamente todas las empresas cubanas bajo una administración estatal comenzaron a perder eficiencia productiva y fueron agrupadas en las llamadas empresas consolidadas que funcionaban como monopolios, pero sin el requisito de tener que reportar su solvencia financiera a ninguna autoridad. Eran los comienzos de la planificación socialista bajo la centralización máxima preconizada por Ernesto Che Guevara que perduró en el país después de su desaparición, pero que condenó a la economía cubana a una ineficiencia crónica. Con los años, las empresas cubanas se adaptaron a no ser eficientes por el profundo desprecio que Fidel Castro ha tenido por las cuestiones financieras, tanto a nivel microeconómico o empresarial como al nivel macroeconómico o fiscal. Esa nefasta tradición hizo que las empresas cubanas nunca fueran incubadoras de personal gerencial de alto nivel, proceso que es muy común en cualquier economía moderna.

Pero ¿qué podemos esperar de la capacidad gerencial de los militares cubanos? ¿Será suficiente su formación de mandos, disciplina y organización para reemplazar la eficacia de los gerentes civiles que prácticamente han dejado de existir en Cuba? Yo diría que los militares posiblemente sean en general mejores ejecutivos que sus contrapartes civiles en Cuba, pero no creo que lleguen a ser tan competitivos como los gerentes que vemos en sociedades modernas que operan con más grados de libertad. El militar cubano pudiera llegar a ser un buen gerente o hasta un empresario capaz más como excepción que como regla, por varios motivos. Primero, un gerente que se forma en una sociedad que valora la

lealtad política hasta la genuflexión por encima de la eficiencia productiva carece de los patrones comparativos y del estímulo para funcionar como lo exige una sociedad moderna. Segundo, los militares son educados para destruir no para crear o construir. Los criterios de eficiencia militar son contrarios a los criterios de eficiencia civil, sea en lo político o en lo económico. En tercer lugar, el militar cubano, no formado en una sociedad democrática, está acostumbrado a seguir órdenes sin discutirlos lo cual no es compatible con los comportamientos que se necesitan en una sociedad libre y competitiva para operar con éxito.

La economía cubana estará condenada a niveles bajos de productividad y crecimiento mientras no tenga personal gerencial mejor educado, pero el gobierno parece conformarse con que la economía cubana se mantenga más o menos a flote. Sin embargo, la mediocridad gerencial de la mayor parte de los militares tiene otro aspecto en lo político. Siendo militares de ordeno y mando, los mismos son más confiables para un régimen totalitario donde el cuestionamiento de la gestión gubernamental está prohibido. Esto puede ser muy útil para los hermanos Castro si los mismos están orquestando la supervivencia del régimen después que ambos desaparezcan.

Los despidos de Carlos Lage y de Felipe Pérez Roque seguidos de los nombramientos que se dieron a conocer y encima de los posibles cambios de una política de EEUU hacia Cuba abren la puerta para pensar que los Castro pueden estar queriendo facilitar una reaproximación, pero en sus términos. La orquestación puede ir tan lejos como para incluir la creación de una oposición leal en Cuba con figuras moderadas de la disidencia y algunos miembros aparentemente defenestrados de la nomenclatura. (No olvidemos que Eloy Gutiérrez Menoyo ya fue aceptado como una especie de opositor del régimen). Lamentablemente en este proceso los cubanos de la isla como los de la diáspora posiblemente continúen fuera del juego.

Miami, 6 de marzo de 2009